

su voz y todos los recursos del arte. Rosa, electrizada por la belleza del canto, y fuera de sí, volvía á comenzar de nuevo; la repetición no se hacía esperar, y siempre el pajarito encontraba el medio de dar á su música los más ricos adornos: esto duraba una hora entera, despues de lo cual se volaba para otra parte, para volver á hacer su oficio al dia siguiente. Rosa afligida al verlo desaparecer, decía gimiendo en su lenguaje poético:

*"Avicula me deserit, subit succentor meus,
atque semper mecum permanens, sit benedictus Deus."*

Aunque se vá y me deja,
Volando el pajarillo;
Mi Dios conmigo se queda,
Por siempre sea bendito.

CAPÍTULO XII.

Ejercita Dios á su sierva por arideces espirituales, con diferentes clases de aflicciones.

El fuego purifica el oro, y la tribulación presta el mismo servicio al hombre justo, servicio inestimable, sobre todo cuando se trata de rechazar el orgullo al cual los dones sublimes hacen levantar la cabeza. San Pablo estuvo sujeto á idéntica prueba como

nuestra santa; pero Dios no se sirvió de un mismo fuego para purificarlos. Mientras que el aguijon de la carne humillaba al primero, la segunda era presa de desolaciones interiores excesivamente penosas que le hacían casi creer que Dios la había abandonado. Los dos clamaban al cielo á fin de obtener su libertad, y la respuesta fué tanto para el uno como para el otro: "Mi gracia te basta, porque la virtud se perfecciona en la tribulación." ¡Cosa estraña! esta santa jóven había llegado á ese grado de union en que es continua, y al mismo tiempo, pasaba muchas horas del dia en unas tinieblas tan insoportables, que le parecía estar encerrada en uno de los calabozos del purgatorio ó del infierno. Ahora bien, este cambio era tanto más triste cuanto que se obraba sin ningun intervalo. De la luz contemplativa caía súbitamente en un estado en el cual no queda ningun recuerdo de Dios, ningun gusto de su amable presencia, ningun vestigio, ni una sombra de consuelo. En medio de esta profunda oscuridad que le ocultaba la vista de su Dios, no se hallaba á sí misma, y en razon de su union, mientras más Dios se alejaba, más se alejaba su alma con El. Véase, pues, separada de Dios, y en cierto modo, de sí misma, sola en un desierto en medio de u-

na espesa noche, sin poder discernir si este estado era sueño ó realidad.

Abatida y como abrumada bajo el peso de estas tinieblas, no podía ni elevarse á las cosas sobrenaturales, ni aun ocuparse de los objetos naturales. Su entendimiento procuraba volver á encontrar alguna vista de la Divinidad; pero ya no quedaba ni un rayo de luz. Su voluntad deseaba producir algun afecto amoroso; pero entorpecida por el frio no podía conseguirlo. Su memoria trabajaba en recordar algunos de los favores pasados, mas sin poder trazar ni aun la más débil imágen de ellos; acordábase solamente, pero de una manera cónfusa, que en otro tiempo había conocido y amado á su Dios, cuyo amor y conocimiento había perdido en seguida, de suerte que no sabía lo que había sucedido. No obstante, ocupada siempre de Dios le buscaba en las criaturas, mas sin poder conseguir reconocerlo en ellas; entónces clamaba hacia El con una voz dolorosa: "Dios mio, Dios mio, ¿porqué me habeis abandonado?," Mas esta voz se perdía en el vacío de su alma abatida, de suerte que ni su Dios le respondía, ni aun el eco repetía sus dolorosas quejas.

Reconcentrándose entónces en sí misma, hacía nuevos esfuerzos para recobrar su razon, reanimar su fé y volver á encender su

corazon, pero inútilmente. Todo sentimiento había desaparecido, estaba extinguida toda luz, y lo que acababa de ponerla inconsolable, es que todo esto le parecía perdido para siempre. En esta especie de desesperacion, creía poder encontrar un triste consuelo en pensar que la muerte vendría bien pronto á terminar sus penas, porque le parecían tales, que no podría soportarlas por largo tiempo: pero el recuerdo de la inmortalidad de su alma vino á quitarle este último recurso. En esta extremidad se vió tentada á exhalar gritos de angustia, á fin de llamar en su auxilio á las criaturas; mas una simple reflexion basta para detener este movimiento de la naturaleza. ¿Qué criatura, dícese á sí misma, podría sacarme de este laberinto sin salida, de esta prision cuyos muros son impasables, consolarme en esta afliccion inmensa, que ni aun soy capaz de explicar?

Durante quince años que duró esta prueba, no se pasaba ni un solo dia sin que la amable vírgen se viese reducida á este estado de agonía, durante una hora y aun más. Y no se crea que acabase por acostumbrarse á ello; pues el hábito muy léjos de disminuir su tormento, no sirvió sino á hacérselo más intolerable; porque no pudiendo darse cuenta de sus victorias, cada nuevo asalto le hacía temer ser vencida; entre tanto, Dios

para sostenerla, le enviaba algunas veces un pequeño vislumbre de esperanza que la hacía como sospechar que este suplicio no duraría siempre. Este consuelo se reducía á muy poca cosa, pero en fin, bastaba para persuadirla que estaba en el purgatorio y no en el infierno. No obstante, esto no podía consolarla del alejamiento de su Esposo cuya ausencia le era insoportable, y lo que acababa de destrozar su corazón, es, que no experimentando ningún sentimiento de amor, creía haber cesado de amarle.

En fin, esta tortura llegó á ser tan insoportable, que la santa jóven, acostumbrada desde su infancia á sufrir todo sin quejarse, pidió á Dios que apartara de sus labios este cáliz tan amargo. Dignaos, Señor, le dijo, librarme de este suplicio; mejor quiero ser conducida por las vías ordinarias por donde caminan vuestros escogidos que comprar tan caro vuestros favores. Engañábase Rosa sin duda, pero su error era muy excusable. En efecto, si una alma sufre tanto al separarse de su cuerpo, cuánto mas penoso debe serle el vivir separada de su Dios, despues de haber vivido con El en una dulce union y gozado de sus abrazos inefables. Dios, dice San Agustin, es á una alma que le ama, lo que ésta es á su cuerpo; pero renunciará con más gusto á animar este, que á amar á su

Dios. No obstante, habiendo conocido Rosa que Dios hallaba su beneplácito en verla sufrir esta prueba, se sometió á ella diciendo: "No se haga mi voluntad sino la vuestra," Esta sumision no le faltó ya en lo de adelante, y encontró en ella la doble ventaja, de que ayudándole á soportar la pena de ese dia, la preparaba para la del dia siguiente.

En el interin, esta prueba tenía algo tan extraño, tan extraordinario, que los teólogos más hábiles no sabían que inventar para mitigar sus rigores. Al principio, recurrió la santa á muchos confesores para pedirles consejo respecto á esto; pero tuvo el desconsuelo de no poder ni siquiera hacerse comprender. Todos son puros sueños, decía el uno; no son más que fantasmas que os molestan, continuaba el otro; y aun hubo algunos que se atrevieron á decirle, que eran necedades con que entretenía su imaginacion: otros atribuyeron tambien con tan poco fundamento esta prueba á un debilitamiento de cabeza causado por sus ayunos, ó á los paroxismos de un temperamento melancólico y aun atrabiliario. Rosa, que sabía muy bien que su temperamento no tenía ninguna parte en este asunto, gemía en secreto de no encontrar ninguno que pudiese comprender su enfermedad y aplicarle el remedio; mas en esto sólo se acusaba á sí

misma, persuadida que su ignorancia y la oscuridad de su lenguaje eran las únicas causas que extraviaban el juicio de estos doctores.

En medio de tantas penas quedábale un pequeño consuelo, y era el pensar que su madre ni aun sospechaba lo que sufría; pero engañábase, porque bien había echado de ver hacía algun tiempo que el semblante de su hija cambiaba frecuentemente de color, que sufría palpitations, convulsiones nerviosas y sudores abundantes; y su silencio con respeto á esto le trajo una nueva tempestad: "hija mía, le dijo un dia, tú padeces y sin embargo, nada me dices de la enfermedad que te atormenta: No es nada, madre mía, respondió la sierva de Dios. Algo es, hija mía, replicó la madre, y aun es un mal muy grave, si los síntomas no me engañan; dime con franqueza cuál es tu sufrimiento, pues quiero conocerlo para aplicarte el remedio, y te suplico me digas qué es lo que tienes.,, Excusóse la jóven, porque era incapaz de dar cuenta de lo que en ella pasaba, por lo que la madre reducida á sus conjeturas, creyó que ese mal podría ser epilepsia, é inmediatamente mandó llamar al médico, suplicándole no descuidara nada para curarla. Aunque Rosa protestó que el médico iba á perder el tiempo y su madre el dinero,

porque la enfermedad no era corporal sino espiritual, no fué escuchada. Viendo, pues, la inutilidad de sus reclamaciones, tomó el partido de callarse y someterse á las órdenes del médico, que no debían servir más que para atormentarla inútilmente.

Entretanto, acudía de nuevo Rosa sin cesar á sus médicos espirituales, y no pudiendo explicarles su estado, buscaba unas comparaciones propias para darles un conocimiento aproximativo de él. No habiendo podido hacerse comprender, acabó por decirles que el tormento del fuego le parecía poca cosa en comparacion de las penas interiores que padecía. Parece que esta asercion no fué mas comprendida que las otras; tan cierto es que para compadecer los sufrimientos ajenos, es preciso haber tenido en sí mismo la experiencia de ellos. Uno de sus directores creyó que esta prueba era semejante á las de San Antonio, tan cruelmente atormentado por los demonios; pero se engañaba, porque la situacion de este gran santo era un combate y no una afliccion interior; desplegaba un valor magnánimo y triunfaba con su enemigo por la fuerza, mientras que nuestra santa era presa del dolor y de las más tristes angustias. Su estado se asemejaba mas bien al de San Agustin, cuando buscando á su Dios, se vió tan léjos de El; y al

del Rey Profeta, tal como lo vemos pintado en el verso noveno del salmo 54, bajo los nombres de tempestad y de pusilanimidad de espíritu; ó al que designaba enfáticamente el Apóstol bajo el nombre de anatema. Parece, según la historia, que Santa Catalina de Sena y el bienaventurado Suzon fueron probados por una tribulación semejante. Yo creo que la comparación más propia para dar una idea de esta triste situación, sería la de una alma escrupulosa que se persuade que el cielo está cerrado para ella, que Dios se ha convertido en su enemigo, y que su lugar está ya señalado en el fondo de los infiernos: "Las visiones que se me presentan, decía nuestra virgen, y los terrores que experimento son tan horribles, que bastarían para arrancarme mil veces la vida, si Dios no me la conservara por medios milagrosos. Paréceme á veces que estando presente al juicio de Dios, entre los réprobos, veo al soberano Juez lanzar sobre nosotros miradas irritadas, y que lo oigo pronunciar estas palabras fulminantes: Id, malditos, al fuego eterno. En fin, bien puedo decir como el Rey Profeta: Dolores de infierno me han circundado, y lazos de muerte me han prendido."

Todos cuantos conocen bien al Corazón de Jesús, adivinarían fácilmente los consuelos que debieron seguir á esta terrible tem-

pestad. Sólo para probar su amor la había afligido tan profundamente, y no podía dispensarse de colmarla de las bendiciones de su dulzura. La Escritura nos asegura formalmente respecto á esto: "Todo aquel que os sirve bien, ¡oh Dios mio! decía el santo hombre Tobías, mira como una verdad indudable que después de la tempestad que le agita, volverá la calma, y que después de haberle hecho derramar lágrimas, derramareis la alegría en su corazón."—"Vuestros consuelos, Señor, decía el Salmista, han inundado mi alma en proporción de la grandeza de mis penas." Los directores de la sierva de Dios, bien persuadidos de esta verdad, le preguntaron dos veces lo que su Esposo hacía por ella en este particular. La humilde virgen habría querido poder callarse, ó desviar diestramente el discurso; pero no pudiendo hacer ni lo uno ni lo otro, confesó ingenuamente los insignes favores que sucedían á estas tristes pruebas. Las paso aquí en silencio, porque encontrarán su lugar más á propósito en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIII.

El espíritu y las visiones de Rosa son sometidas á un severo examen.

La luz de la gracia que alumbraba á nues-